

El Athletic y sus historias

Cien años del Bilbao F. C.

Alberto Bacigalupe

LA Historia creó el tópicos para los poco dados a la Historia. Parece cierto que, según cuentan los primeros referidos, hubo un balón arrojado sobre las campos de Averly, conocidas también como de los Ingleses y ahora —que nos entiendan las nuevas generaciones— de Abandoibarra. Aquel pelotón que golpeaban los marineros de «Mc. Andrew», tuvo un efecto de indudable imantación. Los lugareños quedaban prendidos por un «sport» tan nuevo como atrayente que, además, permitía la asociación. O sea, podían participar muchos contra muchos.

En las últimas décadas del siglo XIX, Bilbao contaba con apenas ochenta mil habitantes. Refiere José de Orueta en sus «Memorias de un bilbaino», que se jugaba a la pelota, sobre todo «en los concurridísimos frontones de Abando y Deusto». Al parecer, Adolfo Guiard era un exaltado entusiasta de «Chiquito de Eibar», aunque su ídolo fuera el cura de Labacoa, inventor de la «dejada». El reverendo en cuestión, consumó un tanto usando de su pericia para contrarrestar los pelotazos de su difícil adversario. «Se remangó la sotana y haciendo un aspaviento con el brazo, al restar junto a la pared, hizo correr al otro jugador para atrás, mientras el cura, con gran naturalidad, dejaba la pelota en el ángulo de las paredes completamente quieta». Pedaleo en velocípedos, nadar y regatear, eran otros entretenimientos deportivos de la época, poco antes de que el «foot-ball» —al que unos cuantos denominaron «soccer» durante bastantes años— tomara carta de naturaleza.

Queda acreditado que los animosos chicos del Gimnasio Zamacois derivaron sus inquietudes hacia la nueva disciplina y que fue en 1898 cuando adquirieron una cierta regularidad en la práctica, siempre bajo la denominación de «Athletic», ajustada consecuencia lingüística de sus habituales actividades.

Un poco más lejos, próximos al Abra, otros jóvenes vivían con entusiasmo la novedad de dar patadas al pelotón. Quiso la circunstancia que fueran más organizados o tal vez más proclives a la ley y así, en el verano de 1900, registraron con todos los requisitos una sociedad denominada Bilbao F. C.

Puede que aquella organización naciera como consecuencia —otra vez— del rigor británico, de aquellos ingleses aficionados que solían reunirse bajo la enamada del Hotel Antolín de Las Arenas. Situado en la plazuela próxima al transbordador, el hostel en cuestión —derruido en 1937 por avatares



El Team Vizcaya, una fusión ocasional de Athletic y Bilbao, ganador de la primera copa oficial

Fue el primer club vasco de fútbol legalmente constituido.

Acabó fusionándose con el Athletic, más antiguo pero menos oficialista.

de la guerra civil— era centro de reunión y charloteo.

Carlos Castellanos tras fogosos debates en el Antolín sentó las bases del nuevo club nombrando secretario a José de Zulueta y tesorero a Ramón de Aras Jauregui. El, que según las crónicas, trajo a la península el primer balón y las primeras botas de fútbol, tuvo en su hermano Pancho a un impagable colaborador. Otro más pequeño, Manuel, llegaría a ser presidente del Athletic entre 1930 y 1934.

Dos palos y una cinta

De aquella tropa peloteadora que tenía por terreno de juego una hondonada sobre la que más tarde se construyó el paseo de Zugazarte, hay que mencionar, además, a hombres como Luis y José Arana, Enrique Careaga, Santiago Martínez de las Rivas, José María Chávarri, Luis Orbe, Rogelio Renovales, Benigno Belausteguigoitia, y a los ingleses Langford, Dyer, Batwell, Evans Cockram y Eisere.

Los Castellanos hicieron de la necesidad virtud, fabricando las primeras porterías con dos palos y una cinta blanca por larguero. Lugares alternativos de entrenamiento eran los aldeanos de la ermita de Santa Ana, e incluso una de sus paredes, en concreto la que miraba la estación. A la iniciativa de Máximo de Aguirre se debe la construcción del pequeño templo —¿1858?— y a su esposa, doña Francisca Labroche, la adquisición en París de la ima-

gen de la santa. Su hijo Ezequiel, contribuyó de manera decisiva en la construcción del ferrocarril de Las Arenas. Dicen las crónicas locales que «allí nació un pulmón de lo que llegaría a ser el glorioso «foot-ball» vasco, no por método de entrenamiento, sino por simple sistema de vocación».

Manuel de la Sota, apostillaba: «¿Sería impertinente decir, siguiendo la hipótesis, que los triunfos de nuestro Athletic son ganados en los campos de Santa Ana?»

La cita, sin embargo, nos ha hecho avanzar demasiado en el tiempo. Volvamos a Las Arenas, principios de siglo, para decir que un equipo llamado «El Unión» pudo ser embrión del Bilbao F. C. En lugar tan característico por su condición social, los deportes más habituales eran la hípica —curiosamente, también practicada en las campos de Lamiaco— el tiro de pichón —con idéntico escenario—, el golf —ejercicio en la vega de Gobel— y los deportes náuticos, con el remo y la natación como más aceptados. Se cuenta que Emilio Arrieta, el inspirado autor de «Marina» —zarzuela en 1855 y ópera en 1871—, cubrió nadando el trayecto de Santurce-Algorta, unos tres cuartos de legua —cuatro kilómetros y pico—, en poco más de una hora.

Probablemente del «Unión» nació el Bilbao, que un año más tarde de su fundación rivalizó con el Athletic en competidas lides, casi todas acabadas en empate.

De Burdeos se recibió una invitación para que futbolistas de aquí jugaran ante el Burdigala, su equipo por excelencia. Puestos de acuerdo Athletic Club —legalmente inscrito en el Gobierno Civil el 5 de setiembre de 1901— y Bilbao F. C., acudieron con una selección de sus mejores elementos a la capital de la Gironda. Allí, en un terreno próximo al Garona, derrotaron por 0-2 a los anfitriones, tras ser presentados como Team Vizcaya. Fue el 9 de marzo de 1902. El once triunfador se alineó del siguiente modo: Luis Arana (B), Larrañaga (A), Ugalde (B), Amado Arana (A), Careaga (B), José Arana (B), Sota (A), Silva (A) Dyer (B), Astorkuía (A) y Evans (B).

La revancha se produjo en Lamiaco el 31 del mismo mes. Era tal la expectación, que la Santa Casa de Misericordia hubo de colocar sillas junto a una de las bandas para acomodar a parte de los tres mil espectadores presentes. Dice Mateos que el traslado de los protagonistas se efectuó en tranvías especiales y es rigurosamente verídico que ganaron los nuestros por 7-0, pese a los buenos oficios del cancerbero galo, Khum.

Campeones de la primera final

Animados por la experiencia, los promotores del Team Vizcaya decidieron acudir al torneo organizado con motivo de la coronación de Alfonso XIII. Arrasaron los bastiones del R. C. D. Español (5-0) y

New Club de Madrid (8-1), derrotando al F. C. Barcelona, gran favorito, en una final apasionante, por 2-1. Es el primer trofeo oficial del fútbol español, cuya posesión costó años al Athletic, que lo reclamaba como justo acreedor.

Estos son los hombres de aquella primera final: Luis Arana, Careaga, Larrañaga, Silva, Amado Arana, Goiri (A), Gazeaux (A), Astorkuía, Dyer, Silva y Evans.

Juntos fuera y rivales en casa, parecía decidir el destino. Si que volvieron Athletic y Bilbao a sus antiguas pugnas. El 23 de noviembre de 1902 los de Getxo pudieron con los de Bilbao, gracias a un solitario gol de Evans. La afrenta requería su correspondiente desquite, pero de nuevo los bordeleses truncaron cualquier plan establecido. Era uno de marzo cuando el Burdigala recibía otra vez al Team Vizcaya —prodigiosa su tendencia resurrectora— para perder por cuatro goles a cero. El viaje de vuelta, luego de vivir una apoteosis de buen juego y dominio en todos los órdenes, decidió a los presidentes de ambos clubes por una fusión definitiva, idea que se plasmaba el 29 de marzo, signada por Luis Arana y Juan Astorkuía.

El Bilbao perdía nombre deportivo y aportaba socios en el crisol. A partir de aquel momento todo era Athletic —¿por qué no Vizcaya?— y la selección cedía su uniformidad de camiseta blanca y pantalón azul a la que habitualmente tenía por suya el grupo bilbaino, esto es, camiseta azul y blanca a grandes cuadros, pantalón azul y «cap» o gorra azul oscuro con borla blanca.

Hasta aquí la efímera vida del primer equipo vizcaino oficialmente constituido. Apenas tres años. Eso sí, intensamente vividos por una muchachada que, seguramente, no intuyó el porvenir que aguardaba a tan singular entretenimiento. Gente que, para mi desgracia, no fue muy dada a registrar fechas y hechos. Menos mal que Hermenegildo García, dejó dicho que «en un buque carbonero llegaron a la dársena de Axpe los primeros pelotones de Copa y Liga. El primero de reglamento y bien hinchado que se reverencié en las calles queridas de Bilbao, lo fue en Barrantecalle, siendo el señor Barquín, de nuestros Barquines, su introductor y Dunfries, de los escoceses, su procedencia».

Tiempos en que se alababa la mixtura futbolística amalgamada en dos virtudes: la adquirida en el Colegio de Nuestra Señora de la Antigua de Orduña —cantera de notables practicantes balompédicos— y la técnica de Wolverhampton. Esta última vista en origen por algunos y oída en conversaciones por la mayoría.